

Las heridas de la violencia¹

Raúl Lizana Zamudio

Psicólogo, terapeuta

Supervisor y Formador especializado en violencia de género en la pareja

Pese a que en las últimas décadas ha aumentado la conciencia social en relación con las mujeres que sufren violencia por parte de sus parejas, este aún sigue siendo un problema de extrema gravedad a nivel mundial. Se trata lamentablemente de un problema muy extendido que tiene una de sus más terribles expresiones en los feminicidios, que siguen estando presentes año tras año. El panorama es aún más sombrío cuando tomamos conciencia de que para las mujeres que sufren la violencia de género en la pareja resulta muy difícil poder salir de estas situaciones sin ayuda. Sabemos que los hombres maltratadores tienden una “trampa” y lentamente, a través de manipulaciones, amenazas y daños, van controlando el mundo de la mujer, atrapándola en la confusión y la paralización, impidiéndole pedir auxilio. Se suma a este cuadro, el poco apoyo que reciben las víctimas cuando logran buscar ayuda, la sociedad patriarcal en que vivimos suele cerrarles las puertas.

Si bien este panorama ya es preocupante, lo cierto es que la violencia de género en la pareja provoca también otros daños y situaciones dolorosas que son menos visibles, pero no por eso menos alarmantes. Un 70% de estas mujeres son madres, lo cual nos hace poner atención en otros aspectos de la gravedad de esta violencia.

Los niños y niñas también son víctimas de la violencia

Los hijos e hijas de estas mujeres también sufren por la violencia que ejerce el padre sobre la madre. Gracias a las investigaciones y la práctica clínica, hoy sabemos que estos pequeños y pequeñas viven un verdadero infierno cuando están inmersos en estas situaciones. Tienen que lidiar con el terror, la inseguridad y el sufrimiento que provoca la violencia. La mayoría de ellos (sobre un 80%) tienen que presenciar cómo el padre maltrata a la madre y sufren lo indecible al verla dañada y humillada. En este clima de desesperación algunos intentan intervenir en los episodios de violencia, (calmando al padre, protegiendo a la madre o pidiendo ayuda) pero suelen ser apartados o maltratados por intentar ayudar a mamá. Otros optan por alejarse y así protegerse de la violencia (huir de casa, esconderse, intentar no escuchar los gritos), sin embargo sienten gran culpa al hacer esto pues creen que deberían “hacer algo” para detener el maltrato. Por tanto se sienten también confusos y paralizados ante el horror de lo que viven.

Las consecuencias de la violencia en los niños y niñas

Lamentablemente esta violencia se repite en el tiempo innumerables veces a través del denominado "Ciclo de la violencia", por lo que el miedo y el sufrimiento de estos niños y niñas se va haciendo cada vez peor. Por consiguiente, es esperable que esto repercuta en una serie de dificultades en diversas áreas del desarrollo infantil. Sabemos que estos pequeños y pequeñas presentarán problemas afectivos (trastornos de ansiedad, síntomas depresivos), sociales (rechazo y aislamiento) y de aprendizaje (problemas en atención y concentración, fracaso escolar) por mencionar sólo algunos ejemplos. La verdad es que

¹ Este artículo ha sido publicado en **Revista Somos n°27, nov. 2012**, www.revistasomos.cl



La profundidad de los daños es alarmante, sobre todo si consideramos que una parte de éstos pueden perdurar hasta la adultez, donde se apreciará también con más claridad el aprendizaje de ciertas ideas sexistas y violentas. De hecho sabemos que entre un 30 y un 40% de estos niños y niñas repetirán la experiencia de violencia con sus propias parejas. Al leer estos apuntes, puede resultar sorprendente para el lector la poca visibilidad que tiene el problema de estos niños y niñas en nuestra sociedad. Pese a que los afectados serían cientos de miles, parecen encontrarse en un estado de olvido y poca consideración. La cultura machista en que vivimos hace oídos sordos ante este dolor.

La tentación de culpar a las madres

Una forma injusta de hacer frente a esta realidad, por parte de nuestra sociedad patriarcal, ha sido atacar y pedir responsabilidades a las madres. Pese a que todo este dolor lo ocasiona el hombre maltratador y su violencia, las madres son miradas severamente y se les pide explicaciones por el bienestar infantil (el padre se da por perdido). Entonces se les juzga por supuestamente no haber protegido mejor, por no haber “dejado” al maltratador antes, en definitiva, se les hace responsables de los daños a los hijos e hijas tildándolas de “malas madres”. Pareciera haber en estos juicios una gran incompreensión y desinformación sobre las difíciles circunstancias por las que atraviesan estas mujeres.

Los daños de la violencia hacia estas madres

Porque lo cierto es que además de los perjuicios que sufren estas personas en todas las áreas de su vida, tienen que enfrentar también los daños específicos que provoca el maltratador en su rol materno, lo que hace aún más difícil cuidar a los hijos e hijas. Los maltratadores suelen intentar poner a los hijos e hijas en contra de la madre e incluso les obligan en ocasiones a maltratarla también. Muchas veces amenazan también a la mujer con “quitarle” los niños o dañarles si ella no hace lo que él quiere. Poco a poco van destruyendo la autoridad materna, desacreditando a la mamá a través de golpes e insultos que los niños y niñas están obligados a presenciar. De esta forma el vínculo entre la madre y los hijos e hijas se va dañando de forma profunda, lo que conviene a las estrategias de control del maltratador.

Un barquito en la tempestad

Ante toda esta avalancha de abuso y violencia pareciera que estas mamás no tuviesen ninguna posibilidad de proteger, ni de cuidar. Sin embargo resulta sorprendente ver los grandes esfuerzos que realizan para intentar cuidar de la mejor forma posible pese a la tormenta de violencia que se cierne sobre ellas. La verdad es que hacen todo lo que pueden dentro de la “trampa” de maltrato en que se encuentran con sus hijos e hijas. Con gran determinación intentan que la vida de éstos se vea lo menos tocada por el maltrato. Para ello intentan mantener su función de madres protectoras al máximo y se esfuerzan por minimizar u ocultar sus daños, de manera de ahorrarles ese sufrimiento a los niños y niñas. Al mismo tiempo intentan que éstos no tengan una mala imagen paterna, bajo la lógica de que esto les traería problemas a futuro en su desarrollo. Cuando la violencia se hace presente las madres intentan que los niños y niñas tengan la menor exposición posible: les sacan de la habitación, los esconden o los llevan a casa de vecinos. Si esto es imposible, aguantan estoicamente los golpes y abusos (a veces sin hacer ruido) pensando que de esta forma los hijos e hijas no se asustarán tanto y se



dañarán menos. Si la violencia se dirige hacia éstos, las madres intervienen como verdaderos escudos humanos sacrificándose ellas al recibir las agresiones e insultos. Finalmente, cuando el episodio ha pasado, estas mujeres intentan ayudar a los niños y niñas a recuperarse de lo vivido, brindan afecto y apoyo, calman la ansiedad y el miedo e incluso tratan de hablarles de lo sucedido. En definitiva, en medio de la tempestad del maltrato, las mamás son un pequeño barquito en el que los pequeños y pequeñas pueden trepar para evitar ahogarse en el dolor y el sufrimiento.

Las madres, una luz ante la oscuridad del maltrato

Lo cierto es que muchas veces los niños y niñas contarán sólo con un elemento protector para hacer frente a la violencia del padre: su madre. Es impresionante ver cómo en medio de la sensación de peligro y oscuridad ellas serán la tabla de salvación sobre la que se pueda descansar del terror. Pese a estar en ocasiones muy menoscabadas por los abusos de sus parejas y presentando daños importantes en su rol materno, las mamás se mantienen cerca, preservando un vínculo sanador. Así ayudan a sus pequeños y pequeñas a seguir desarrollándose, activando sus capacidades para sobreponerse a los traumas y seguir caminando por la vida. Cuando la violencia ha arrasado casi todo y ya no queda confianza en que el amor y el cuidado tienen cabida, estas mujeres hacen renacer poco a poco la confianza infantil en que el mundo vale la pena de ser vivido, construyen la esperanza en una felicidad posible. Las madres traen de vuelta la parte luminosa y positiva de la vida creando buenos momentos de cariño, de felicidad, de respeto y de relaciones cercanas más seguras. Por tanto, este lazo afectivo resultará central para sobrevivir y sostendrá a los niños y niñas en próximos episodios de violencia o incluso en unas posibles futuras “visitas” con el padre maltratador (en caso de que la madre haya logrado protegerse a través de una separación).

En esta misma línea, las madres también entregarán a los hijos e hijas importantes enseñanzas, que servirán de antídoto ante la violencia. La idea de lo dañino del maltrato en sus vidas, la necesidad de protegerse de éste y la claridad con respecto a la injusticia que representa, les pueden acompañar también hasta la adultez.

Las madres como posibilidad de sobrevivir

Lo que presenciamos entonces es casi un milagro. Con los mínimos recursos, en la situación más adversa, estas mamás brindan posibilidades de desarrollo y de ver la vida de una forma más sana. Por tanto, a la luz de estas reflexiones y datos, podemos cuestionar la idea de que estas mujeres sean “malas madres”. Más bien es al contrario. Cumplen una sacrificada labor de protección y cuidan a sus hijos e hijas a pesar de la brutal violencia que padecen. Ante esta realidad no nos queda más que albergar un sentimiento de admiración ante sus esfuerzos. La presencia de estas madres en la vida de los niños y niñas implica en realidad algo fundamental: que los daños provocados por el maltratador no sean tan graves ni devastadores. Es gracias a ellas que la destrucción del mundo infantil no es total y los pequeños y pequeñas pueden preservar buena parte de los recursos y capacidades que les ayudarán a enfrentar los desafíos vitales por venir.

Apoyando a la madre y a los hijos e hijas

Por tanto, a la hora de acercarnos a la realidad de esta madre y sus hijos e hijas debería surgirnos la convicción de que es urgente brindar un apoyo conjunto a estas personas.



Sabemos por la clínica y la investigación que las madres serán la principal fuente de recuperación infantil. Si ayudamos a la madre a recuperarse de las heridas del maltrato, ella utilizará toda su fuerza, entrega y dedicación para ayudar a su vez a que sus pequeños y pequeñas se recuperen también de sus daños y síntomas. Del mismo modo, cuando brindamos apoyo a los niños y niñas, éstos lo aprovechan sin tardanza e intentan utilizar todas las posibilidades para buscar un mayor bienestar para ellos y sus familias. Por consiguiente, es importante recordar que nuestra primera tarea como sociedad será brindar a estas víctimas apoyo en su sentido más amplio (social, legal, económico, terapéutico, de seguridad, etc.). Se trata de personas que sufren por una situación injusta y que necesitan comprensión y ayuda, no juicios. De allí la importancia de poder combatir el desconocimiento que existe en la sociedad sobre la situación y el sufrimiento de estas madres y sus hijos e hijas. Necesitamos darnos cuenta de la gravedad de sus circunstancias. Si esto se logra, estas mamás no serán miradas con desconfianza ni pidiéndoles cuentas por lo sucedido sino que más bien nos sumaremos a sus esfuerzos por recuperarse y a la vez ayudaremos a sus niños y niñas a sanar las heridas de la violencia. Sabemos que la recuperación de estos daños es posible, cuando entregamos un poco de tiempo y espacio para ello el milagro empieza a suceder. Desde esta claridad podremos, entre otras cosas, fomentar y exigir a las autoridades pertinentes la creación de dispositivos terapéuticos necesarios para que exista la posibilidad de reparar estos traumas.

Si sumamos la conciencia social al apoyo específico estaremos haciendo un importante trabajo para que las víctimas de estos abusos puedan salir del silencio y el olvido. Pero además estaremos contribuyendo también a una tarea mayor: que nuestra sociedad pueda por fin encaminarse hacia relaciones familiares en las que la violencia de género en la pareja no tenga cabida.

Ojalá estas palabras sirvan para este fin.